



Pedro Garfias

Pedro Garfias en el «Heraldo de Madrid»

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Pedro Garfias

Pedro Garfias en el «Heraldo de Madrid»

Umbral

Para M.^a Pilar
en Plaza Mayor de Madrid.

Muchos estudiosos sostienen que el periodismo es uno de los capítulos sobresalientes de la literatura vigesémica. Otros afirman que es la literatura del s. XX.

En Hispanoamérica, O. Paz, L. Cardoza y Aragón, G. García Márquez, C. Fuentes; en España, J. Ortega y Gasset, A. Machado, F. Savater; son autores que en el cultivo del periodismo han entregado: sus testimonios de vida, las reflexiones que de ellos se desprenden y el deslumbramiento intemporal de la poesía.

Pedro Garfias (1901-1967), poeta andaluz nacido por azar en Salamanca, participó desde muy joven (1916) en diarios, semanarios y otras publicaciones periódicas. Ya instalado - con pasión, como era su vivir- en el ultraísmo (1919), publica poemas y artículos en Cervantes, Grecia y Ultra, revistas que apoyaban la vanguardia literaria española.

Con temprana madurez, descansada en una sabia erudición, funda en Madrid: Horizonte (1922). En esta publicación de proyecto decenal, logra reunir tres grupos de creadores: novecentistas, vanguardistas y neopopulares. Se editaron cinco números.

Cuando regresa a su Andalucía (1923), sin concluir sus estudios, continúa colaborando en diarios de provincia: La voz de Écija, El paleta; y en revistas como Alfar. Los dos momentos cumbres de difusión literaria de esos años, los obtiene: en 1926, al publicar su poemario El ala del sur, en Sevilla; y en 1927, al -6- participar con su Romance de la soledad, en el Homenaje a Góngora que la revista Litoral organizó.

Instalada la República, Garfias regresa a Madrid con un empleo y el fiel apoyo de su padre, que deseaba terminara su carrera de abogacía. El poeta había desposado a una dama de Osuna y con ella fatigó la noche matritense: cafés, teatros, tablados, círculos literarios, reuniones políticas. Participa entonces en la revista Octubre.

En mayo de 1933 inicia su colaboración con el diario Heraldo de Madrid. A lo largo de tres años publica treinta y cinco artículos de gran valor: documental, intelectual y artístico.

Quienes conocen la obra del autor saben que Pedro fue un poeta ágrafo. Recuerdan que sus libros eran transcritos de su portentosa memoria a la imprenta, y que de sus versos tenemos -al menos- dos o tres versiones. Sabía que; la poesía está más cerca del decir que del escribir.

Al discurrir por estos emocionantes textos, agradecemos el gran esfuerzo del poeta por disciplinar su pluma para publicarlos. A nuestro entender los treinta y tres poemas, ensayos, críticas y crónicas -aquí reunidos para el lector- tienen prefigurados la hondura y el lenguaje de Primavera en Eaton Hastings y Río de aguas amargas. El primero, según Dámaso Alonso, el mejor poemario del exilio español republicano; el segundo, según Rivas Sáinz, un clásico, publicado en Guadalajara.

El 23 de julio del 36 apareció su última colaboración en el Heraldo de Madrid. Garfias ya había partido al frente. La guerra civil se había iniciado el día 18. El poeta recibiría en 1938, el Premio Nacional de -7- Literatura. El diario que fue fundado en 1890 y que mantuvo su línea editorial progresista, tiró su último número el 27 de marzo del 39, la víspera de la ocupación de Madrid.

Para Pedro, la guerra, la derrota, el campo de concentración francés, su breve tránsito por la campaña inglesa y el definitivo exilio mexicano, fueron lacerando los puntales con los que fincó su obra y su existencia: libertad, justicia, amor, poesía.

Al final, sólo la poesía, el calor de los amigos y la presencia de España en el recuerdo, alentaban sus cansados días. Monterrey cobija sus restos. Nosotros atesoramos su voz poética, el sol de sus conversaciones y -ahora- la presencia de sus textos.

Carlos Eduardo Gutiérrez Arce

-[8]- -9-

Conversaciones sobre la cultura

Con este trabajo ofrecemos hoy a los lectores de esta página la colaboración de Pedro Garfias, uno de los valores de la hora literaria actual más sólidamente cimentados, sobre todo en el campo de lo poemático. Garfias fue uno de aquellos soldados de lucha del momento Ultra, para después de pasados los primeros choques madurarse en una literatura de honda raigambre.

Su libro El ala del Sur puede hablar de él más expresivamente que nosotros.

Al ofrecer este primer trabajo Conversaciones sobre la cultura, a nuestros lectores estamos seguros de proporcionarles una satisfacción verdadera.

Silencio.

No un silencio cuajado, impenetrable, sirio blando, mullido, en donde los ruidos se diluyan.

Un silencio de bosque, henchido de resonancias vivas.

Para que una veintena de filósofos, físicos, filólogos, especialistas de todas las ciencias, y poetas, conversen.

Silencio.

... Hay un temblor de fiebre en el Mundo.

De la ceniza de los años ardidados, consumidos en fuego y sangre, asciende un humo lívido que enturbia la atmósfera.

Las ciudades se embisten.

Hombres desnudos y ululantes cruzan las urbes espantadas.

¡Y un ceño de inquietud surca la frente azul del cielo!

Por ciudades herméticas, por campos desolados, a -10- través de las horas frenéticas, como un can, la cultura busca, inquiere, persigue, fantasma melancólico de ojos implorantes.

(En el ámbito reducido de un silencio mullido y blando, en donde los ruidos se diluyen y apagan, unos hombres conversan).

Cesen en su diálogo los árboles y el viento. Y en su feroz disputa el yunque y las campanas.

Inmovilícense las fronteras.

Un momento.

Unos minutos de silencio en el Mundo.

Que unos hombres conversan sobre el porvenir de la cultura.

Con el oído atento y la conciencia alerta.

11/V/1933

La voz de otros días

Un poeta

Ahora que están de moda estos poetas finos y cultos que aparecen de pronto, en nidadas unánimes, aletean un poco por provincias y terminan, enjaulados gozosamente, alimentando su inspiración con el alpiste del Estado, yo voy a hablar de un poeta auténtico que en el silencio de un Madrid hostil, de piedra sin entrañas, va formándose su mundo de poesía con los plumones de sus días y de sus noches en soledad.

J. Rivas Panedas fue un poeta un poco ultraísta. (¿Qué poeta de hoy, de estos de vuelo corto, no ha asestado su lanza contra el ultraísmo?) Un momento fulgió su nombre en aquellas revistas juveniles, de vida corta y azarosa, que verdecían y amarilleaban continuamente en los árboles de los quioscos. Cuando la vida de pulmón de bronce nos esparció a los vientos, Rivas Panedas quedó inmóvil, en su Madrid natal o de adopción, solitario e inmóvil, hasta que fue el olvido borrando su silueta.

Pero no enmudeció. Ausente de las antologías y de esas galerías de poetas que ahora comienzan a huir por las páginas de los diarios madrileños, su voz siguió sonando, para aquellos que la quieran oír, tan clara y tan distinta, tan profunda y tan tierna como entonces. (¿Qué poeta de hoy conoce la riqueza de matices de este sentimiento: la ternura, que tan certeramente pulsó Rivas?)

Trabajador manual, verdadero poeta proletario, se siente en paz con la sociedad. Y su voz sin rencor, de -12- bordes sin aristas, que no pretende conmover las piedras sin entrañas, es como un río azul de aguas claras de cielo. ¡Atención! Atención para este poeta, el más fuerte, el más hondo, el de timbre más puro y personal acento de esta generación. Tan orgulloso. Tan humilde. Y tan lejano de toda esta cohorte de literatos puros y de poetas virginales que encienden una vela a la República y otra a la Compañía de Jesús.

25/V/1933

Literatura tendenciosa

Cruz y raya, revista católica. Junto a los ensayos filosóficos y estéticos, el comentario vivo, agresivo; la nota intencionada y actual. Algo más que catolicismo teórico, libre juego de ideas. La aguda personalidad de José Bergamín, director de esta revista, la hace más inquietante y peligrosa.

También los escritores revolucionarios, agrupados en torno de un gran poeta, múltiple y vital, Rafael Alberti; preparan su revista: Octubre. Dos hojas estallantes de auténtica y ardiente literatura proletaria le han servido de anuncio.

Y ya tenemos a la nueva generación, a la última o la penúltima, tantas veces presente en nuestros campos literarios en cerrada línea de batalla, compacta, impenetrable, partida por gala en dos. ¡Adiós las revistas puras de versos inefables y de prosas sutiles, lanzadas al espacio como certeras flechas al blanco de una minoría de selección!

¿Decepción? Pronto, antes que nuestro comentario se preste a interpretaciones equívocas, nuestra posición clara, terminante: esperanza. Júbilo y esperanza.

Sólo las civilizaciones maduras pueden rezumar arte puro. Soló una época decadente, que ya lo tiene todo hecho, puede entregarse libremente al juego del espíritu y de la fantasía. Cuando invade la tierra un alba redentora, y en el silencio trémulo se oye el chocar de aceros de dos mundos en pugna, los escritores, como los obreros, como los políticos, tienen una misión que cumplir. Su arte es su -14- herramienta, su arma. A tomar posiciones en la frágil trinchera, que necesita de todos los hombres. ¡A luchar! Por fortuna, en esta España de hoy, alerta y viva, que despertó de su mortal letargo la campana de la República, los escritores han sabido a tiempo sustituir su arte, de pureza y de minorías, por otro arte mejor, de conciencia y de masas.

22/VI/1933

-15-

Henri Barbusse

Barbusse entre nosotros. Pálido enfebrecido esos los ojos brillantes, este hombre enfermo, que presencié la guerra y aún le dura el espanto, va por el Mundo despertando conciencias. Su voz de iluminado pulveriza el silencio cobarde de los pueblos. Sonoro clamor de aurora.

(Gran voz la de los poetas. Ay, aquel don Miguel de Hendaya, de barbas temblorosas e invectivas terribles, que cruzara España de punta a punta...)

Barbusse entre nosotros. Vida recta, tenaz, entregada. Primero en el frente. ¡Guerra al imperialismo! Por la democracia. Por la civilización. Y la realidad implacable que atranca de los ojos la venda a zarpaos de miseria y de muerte. Ahora, ya despojado de alergias y telarañas, la posición firme: ¡Guerra a la guerra!

Barbusse entre nosotros. Fina antena, vigía, insomne, sensibilidad despierta siempre, corazón, corazón.

¿Qué gran peligro, qué amenaza mortal han visto sus ojos avizores cernirse sobre este país joven, recién nacido a la libertad? ¿Qué bandada de nubes enlutadas; qué vientos encendidos que erizan de pavor a las ciudades?

El hombre que resumió su obra en una palabra: Claridad, viene a ahuyentar las sombras, a despejar la atmósfera. Que los aletargados por el beleño democrático despierten.

Del abismo adonde tanto iluso creyó ver hundirse el pasado definitivamente, suben burbujas a la superficie que navega mar de fondo. ¡Peligro para la República! ¡Peligro para la libertad!

-16-

Y he aquí a Barbusse entre nosotros, pálido, enfebrecido, con sus ojos veraces donde aún vive el espanto de la guerra y la voz ardiente y templada como el acero azul.

13/VII/1933

-17-

La voz de otros días

Horizonte

De las revistas literarias del ultraísmo acaso sea Horizonte la menos conocida. Fue de las últimas, aparecidas cuando ya no estaban entre nosotros aquellos dos titanes de la actividad, verdaderos motores de nuestra desidia, que se llamaban Isaac del Vando Villar y Humberto Rivas. No publicó sino cinco números y aun estos espaciados irregularmente a través de dos años. Sin embargo, algunas particularidades de esta revista, de tan larga vida como exiguo cuerpo, creo que merecen la pena de ser recordadas.

Horizonte no fue esencialmente ultraísta. Pretendió algo más. Quiso servir de enlace entre las dos generaciones líricas. Aquellos poetas del novecientos, cuya obra se sostenía intacta, cuyo arte se mantenía fresco, Juan Ramón Jiménez y Antonio Marichalar, colaboraron en todos sus números. También se unió entonces a la nueva falange toda esa serie de escritores que luego, y de manera tan precisa, han afamado su personalidad: José Bergamín, Antonio Machado, Dámaso Alonso, Moreno Villa... Por primera vez viene al movimiento ultraísta y colabora con él uno de los poetas más ricos y personales de hoy: Federico García Lorca.

Horizonte aparecía ilustrada con grabados en madera y dibujos. Lo más fuerte de nuestra juventud pictórica desfiló por sus páginas: Norah Borges, Barradas, Ucelay, Cossío, Bores, Jahl...

Todo esto sería ya suficiente para justificar su existencia -y su recuerdo- si un detalle singularísimo no -18- me hubiese hecho hoy evocar aquella revista, tan olvidada: dato para lo eruditos. En Horizonte aparecen por primera vez, incorporados al movimiento literario nacional, dos nombres de los que más juego han dado después a las letras: Benjamín Jarnés y Rafael Alberti.

Creo que Jarnés no llegó a publicar. Su original quedó nonato. Pero su nombre aparece impreso, como secretario de Redacción en el último número. Alberti era pintor. Yo fui a verle para pedirle unos dibujos para la revista. Encontré en su mesa unas poesías y se las publiqué. Es posible que Alberti haya olvidado y recusado aquellos versos, que no aparecen en ninguno de sus libros. Pero ya en ellos se revelaba su temperamento y su fuerza.

¡Tiempos de nuestra mocedad, tan cercanos, ¡ay!, y tan lejanos, cuando arremetíamos contra la vida briosamente, con la lámpara del fervor siempre encendida!

27/VII/1933

-19-

Intermedio

A mitad de la noche

No es tarea fácil en España escribir un artículo literario de actualidad. La vida de nuestra literatura es tan pobre como la de esos ríos humildes del caudal exiguo, que en el verano desnudan su cauce y muestran al sol su vientrecillo de piedras y arena. Y sin embargo...

A esta hora, mitad de la noche, bajo este mismo insomne vuelo de estrellas, ¡cuántos escritores anónimos tejerán, con hilos de silencio, su obra! Lentamente, con la sabia paciencia que da la disciplina, o de un modo ardoroso y febril, drama, novela o poema, algo está tomando forma -carne y sangre caliente- en esta noche abierta y alta.

¿Para qué? Melancólica, la pregunta surge. ¿Para qué se escribe en España; para qué se piensa y se sueña y se crea? Para guardar luego el manuscrito y esperar; años y años, bajo este mismo insomne vuelo de estrellas. ¡Qué sólo se siente aquí el artista anónimo! Con rara soledad que empieza en él mismo y se extiende, se extiende por todo el Mundo.

La revolución española no ha cambiado los procedimientos, los métodos de nuestra vida literaria. Antes, parece que ha mermado las posibilidades al reducir el mercado. Ni un teatro sincero y popular abierto a las iniciativas; ni una editorial generosa que ose correr el riesgo. Todo lo que a esta hora, mitad de la noche, se está fundiendo con luz de estrellas y calor de frente está condenado al no ser.

¿Y el Estado? El Estado del pueblo y para el -20- pueblo; el Estado democrático, ¿olvidará también esta función, tan ineludible como desconocida de los otros Estados oligárquicos que hemos tenido y padecido? ¿Escuelas? ¡Quién lo duda! Miles de escuelas necesita España para educar y despertar inteligencias. Pero ¿es que la sensibilidad no necesita también despertarse, educarse?

Una migaja del presupuesto para ese artista anónimo que en esta noche abierta, alta de cielo y amplia de horizontes, va tejiendo su obra con hilos de silencio y de soledad.

10/VIII/1933

-21-

La voz de otros días

Antonio Machado

Unos bellos versos de Antonio Machado publicados en la revista sevillana Mediodía me hacen evocar esta noche la figura de nuestro primer poeta. Y me le imagino que aquel caminito, que se ciñe a Baeza como un cinturón -cerca de Úbeda la llana-, desenredando con torpeza esa cadena trémula que es su andar, con la nostalgia de su Soria lejana de ceniza y violeta. Cuando años después nosotros reanduvimos sus pasos, ya el poeta otra vez

en Castilla, aún nos parecía verle arrastrando melancólicamente su humanidad pesada por la tarde en ruinas, encerrado bajo la pesadumbre de su corazón.

Ciertamente que fue este gran Antonio el poeta de nuestra juventud. Juan Ramón nos enseñó otras cosas: la pureza de su vida, la tenacidad de su arte, la absoluta desnudez de su estilo. Pero con nuestro espíritu, encendido de fiebre, rimaba mejor la retórica noble y de hondura y la fuerza del autor de las Soledades. ¡Qué limpio endecasílabo el suyo, musical y terso como el de Garcilaso! Toda su obra trabajada en materia definitiva, en bronce y mármol, para la eternidad.

Y qué profunda comprensión la suya, qué amplio su gesto para nosotros, los jóvenes de entonces. Eran sus versos los primeros en llegar a nuestras revistas, siempre con unas palabras de felicitación y aliento. Versos que leíamos emocionados, porque ya en ellos aparecía de vez en cuando una imagen nueva, atrevida, un ritmo quebrado, algo que nos indicaba que también el maestro se enriquecía con las nuevas conquistas. Cada número - 22- publicado íbamos a llevárselo a su casa, y nos recibía en un cuarto pequeño donde había un piano y un busto del poeta, hecho por Barral. Nos hablaba de versos, nos animaba con sus ojos tristes, apagados (que él quisiera de piedra para no ver), y cuando nos despegábamos de su vera salíamos como embriagados, para entregarnos más ardorosamente a la lucha continua por el ideal.

Ahora, ya tan lejano todo; tan ausentes de lo que siempre fue nuestra pasión; desorientados en la sombra negra, como ese grito perdido que en la noche llama de pecho en pecho, ¡cómo nos emociona ver al poeta siempre con los jóvenes, nuestro mejor poeta, con los que aún siguen alimentando fervorosamente la llama azul y tímida de nuestra poesía!

24/VIII/1933

-23-

El país de los ciegos

En el país de los ciegos -cuenta en una de sus narraciones Wells- cayó un aventurero. ¡Aquí seré rey!, se dijo, avanzando dominador por entre los jardines y las casas de extraña arquitectura. Pero rápido llegó su desencanto: fueron los ciegos quienes le dominaron a él. Con sus oídos aguzados, con sus olfatos sutilísimos sustituían con ventaja para la lucha la falta de vista. Le vencieron, y fue inútil que pretendiese con razonamientos demostrarles su superioridad. ¡La luz! ¡El color! Nada les decían a los ciegos estas palabras. Desconocían su significado. Y le tuvieron por imbécil o loco.

Pasó el tiempo, y el mozo se enamoró de una ciegucecita sonrosada y dulce como la carne tierna de las naranjas. En las templadas noches radiantes le habló de las estrellas, doradas y

blancas como su piel, y de las sombras azules y suaves como su cabellera. De la luna encendida, claraboya del cielo, ventana de la noche por donde el día asoma su rubicunda faz.

¿Le entendía su amada? Él creía que sí. En la sed angustiosa, de su soledad invencible, buscaba ansiosamente su compañía como una fuente clara. Hasta que un día ella le susurró al oído unas palabras con su voz que era dulce como la de la brisa. Los ciegos le aceptaban. Consentían en casarlos mediante una condición. Habían estudiado su caso atentamente y comprendido que su anormalidad, su inferioridad en el Mundo provenían de aquellos órganos extraños e inútiles, aquellas protuberancias que él llamaba ojos. Una pequeña operación era necesaria... y escapó. Escapó -24- hacia la vida, con fatigas de muerte, dejando atrás sus sueños consumiéndose como gavillas secas.

Alfredo de Vigny ha referido la tragedia de los poetas en cualquier clase de sociedad humana. Aventureros de las nubes, ellos se sienten con derecho a reinar sobre un país de ciegos. Pero no les comprenden. Ni los obreros, atentos a su lucha, ni los burgueses, fieles a su egoísmo. Su sensibilidad exacerbada es como un peso muerto para la lucha por la vida. Hechos, hechos le piden, como el personaje de Dickens. No sueños ni utopías. Hechos concretos, prácticos.

Hasta que un día alguien que bien le quiere le aconseja. Hay que normalizarse, cortar las alas al espíritu, amputarse la sensibilidad, ese órgano extraño e inútil. La soledad, la miseria y la angustia se enroscan como un triple dogal a su corazón y el poeta escapa. Hacia la otra ribera.

7/IX/1933

-25-

Teatro universitario

La barraca

Parece ser que La Barraca ha obtenido gran éxito ante el público intelectual de la Universidad de Verano, en Santander. ¡Lo obtiene igualmente ante el público popular, para quien fue creado! Todos los informes coinciden en asegurárnoslo. Y ya es de suponer que, como en las primeras representaciones, sea público de Madrid -simpatizantes, amigos- desplazado a los pueblos quien, confundido con el otro, con el auténtico, le coaccione, impidiéndole reaccionar libremente. Son ya muchas las veces que La Barraca ha actuado

por esos pueblos de Castilla y del Norte, de tan distintas psicologías, para que la experiencia no pueda darse por cumplida con resultado satisfactorio.

¡Qué consecuencias deducir! Ante todo, que la crisis de nuestro teatro no es sino crisis del buen gusto. Basta que alguien, con sensibilidad y cultura, elija las obras, las vista y monte con exactitud y se las haga interpretar a actores nuevos, no amanerados, para que la gente recobre la afición por el teatro y goce en él, como en todos los tiempos, de una de las emociones más fuertes, por directa, que el arte pueda proporcionarnos. ¡Y pensar que la oquedad y la ineptia de nuestros actores contemporáneos, junto con las maneras -malas maneras de nuestros cómicos, hayan conseguido desplazar la gente hacia el cine! No hablo, naturalmente del cine futuro, preñado de posibilidades, sino de este de hoy, industrializado, tan adocenado ya en su juventud como el teatro más viejo. (Claro está, me diréis, que la tontería -26- hablada -y recitada- hiere más nuestra sensibilidad que la que sólo nos daña la vista: y que es más difícil taparse los oídos que cegar los ojos. Pero hay cada diálogo en esas películas sonoras...)

Cantera inagotable la que han encontrado los directores de La Barraca en los estudiantes. Voces frescas, purísimas, de metales preciosos y honda comprensión. ¿Qué otras cualidades son necesarias para vivir todas las figuras del teatro universal? Y excelentes escenógrafos, con el acierto de la interpretación plástica de Fuenteovejuna, obra de un artista de temperamento y de raza: Alberto.

¿Que La Barraca tiene aún sus imperfecciones? ¡Quién lo niega! No voy yo a precisarlas, porque no es mi propósito y porque sus directores las conocen mejor que yo. Pero ya se irán corrigiendo. Cabe esperarlo de la sensibilidad de un poeta como Lorca y de la inteligencia de Eva Ugarte, en cuya ironía y aparente desgana hay tan fina y consciente perspicacia teatral.

12/X/1933

-27-

Intermedio

Salutación del optimista

¡Bienvenido seas, frío, que rondas en la noche y acechas el menor descuido para morder las carnes con tus dientes de lobo!

¡Bienvenido seas!

Aquí tienes mi cuerpo, que doy entero a tu caricia, para que lo lustres y bruñas.

Y aquí, mis manos y mis pies, viajeros por el buen tiempo, para que los agarrotés.

Aquí, mi frente, fatigada de holganzas, cansada de las caminatas del estío por las alamedas azules que bordean los árboles de las estrellas: clávala bien a mi cerebro, motor del frío y hazla trabajar.

Cuando toda la ciudad se acurruque en tu regazo helado para empollar sus sueños; cuando la camisilla de la nieve malcubra el vientre de las calles; cuando florezcan los tejados, motor del frío, haz trabajar mi frente. Yo me taparé los oídos con algodón para alejarme del clamor humano, del lamento infinito que se arrastra penosamente por el Mundo.

En mi pequeño mundo refugiado, como en una guarida tibia, trabajaré.

Con cuatro figuritas y un canuto de caña. (Toda la ciencia de la literatura consiste en saber soplar). Las inflaré como globos hasta que se sostengan por sí mismas en el aire.

¡Qué invierno tan divertido!

Así monologaba el escritor; con los oídos taponados y bien caliente en su pequeño mundo, cuando el clamor, el lamento, el rugido, lo devastó y arrasó todo.

No le quedó algodón, ni oídos, ni frente.

09/XI/1933

-[28]- -29-

Publicaciones

Rusia de hoy

Segundo Congreso Panruso de los Soviets. Día de la insurrección. Los mencheviques y los socialrevolucionarios de derecha claman por el Poder, que se les escapa de las manos. Torrentes impetuosos de elocuencia. Es necesaria la presencia en la tribuna de un marino del Aurora para poner fin a la retórica. Los traidores a la revolución se alejan del Congreso,

no sin un último gesto teatral. Y es al siguiente día cuando entre las aclamaciones de los bolcheviques y de los socialrevolucionarios de izquierda Lenin habla.

Sin un ademán, con sobriedad y sencillez, como todos los días millones de proletarios se disponen en todo el mundo a trabajar. Son históricas sus palabras:

«Damos comienzo a la tarea de construir la sociedad socialista».

Dieciséis años. Lenin murió y Stalin, el férreo timonel, continúa su ruta. Todo este tiempo la humanidad suspensa ha seguido, con los ojos atónitos, la experiencia increíble. Ni un sólo momento ha dejado de funcionar con tenacidad y energía, la gran fábrica rusa. Alguna vez el ritmo se ha quebrado: falta de combustible, imprevisión, desgaste, exceso de revoluciones... pero pronto ágilmente se reparaba la avería. Y el trabajo continuaba.

¡Cuántas vidas gastadas, ilusiones ardidadas en silencio y gritos de victoria en estos años! Decepción, entusiasmo y, sobreponiéndose a todo, voluntad. Los músculos tirantes, alerta el corazón, fijos los ojos en el -30- porvenir. Rusia ha seguido -sigue- la construcción del socialismo.

1933. Electrizadas de pasión, voces nos cuentan maravillas. Y otras nos hablan de fracasos, hambre, crímenes. ¿Dónde está la verdad? ¿Cuál es la situación exacta de la Rusia de hoy? Para saberla, para conocerla, nació en España, como en muchos países, la Asociación de Amigos de la URSS. Ayuna de tendencias. Con simpatía, que sólo puede haber conocimiento claro donde hay simpatía. Pero serena, objetiva, imparcial. Nuestros prohombres de la literatura, de las ciencias y de la política le prestaron de buen grado su conformidad y su ayuda.

Sirve de órgano a la asociación una revista, de título concreto y preciso: Rusia de hoy. Revista esencialmente gráfica, que no es a través de comentarios más o menos apasionados, sino con los ojos veraces de las fotografías y con las cifras de las estadísticas, como desea el Mundo aproximarse al enigma soviético. En muy pocos números Rusia de Hoy, ha alcanzado una tirada de más de 25000 ejemplares, lo que demuestra la amplitud de la zona en que se desenvuelve la Asociación.

Con motivo de la aparición de un número extraordinario, dedicado a conmemorar el aniversario de la revolución de octubre -número precioso, de amplísima información gráfica, en huecograbado-, enviamos un saludo a esos hombres de buena voluntad, que en la oscuridad del anónimo, con desinteresado fervor; emplean su trabajo en proyectar cortos de luz radiante sobre la experiencia más vasta y de interés más definitivo que ha acometido nunca la humanidad.

30/XI/1933

Ediciones

Una comedia española publicada en Norteamérica

Hace ya algunos años, creo que en 1929, llegaba yo a Madrid, como otras muchas veces, cargado de inquietudes y proyectos. Por entonces mis preocupaciones iban hacia el teatro. Interiormente disfrutaba el placer; para mí desconocido, de manejar seres concretos y realzar plásticamente las imágenes de mi fantasía.

Decidí ir al teatro aquella misma noche con el fin de asomarme a la escena actual, de ir conociendo sus posibilidades. No tuve que dudar en la elección. Días antes se había estrenado una comedia de actores noveles, premiada en un concurso celebrado por un colega. Y así me fue posible asistir a una representación de la comedia de Ugarte y López Rubio, *De la noche a la mañana*.

Había buena entrada y aún parecía que al público le gustaba la obra. Acaso resbalaba un poco sobre él, que, acostumbrado a anécdotas más pueriles y de apariencia más real, no percibía, pese a la transparencia de la forma, el sentido amargo del fondo. Pero la agilidad del diálogo y la novedad y valentía de las situaciones se le imponían.

Concebí esperanzas. Había en aquellos autores jóvenes ingenio y pensamiento, piel fina, tersa y vértebras, y sangre caliente. Pronto vino todo un teatro moderno, abundante de ángulos y rico de matices. La compañía, a mi parecer, también debía sentirse satisfecha. Hallaba los senderos aún cándidos de un arte nuevo sin -32- demasiadas torpezas. Toda una temporada así, de obras limpias y dignas, sería de una enorme eficacia profiláctica para el gusto estragado de nuestro público y las resabiadas maneras de nuestros actores.

Mi gozo, en un pozo. Pronto la compañía se arrepintió de aquel ligero pecadillo y otros análogos para volver a su recta conducta de buenos chicos. (Las demás compañías no tuvieron ni el más simple extravío en su honesta vida adocenada). Y volví a mis libros, a la verdad, auténtica y sin mácula de los libros.

Y he aquí que ahora, al cabo de los años, la comedia *De la noche a la mañana*, me devuelve la visita en un libro precioso, impreso en Norteamérica por la editorial Norton. Edición española con prefacio, introducción, notas y vocabularios en inglés para uso de los estudiantes de español de allá. La editora profesional de español en el Smith College, miss Gretchen Todd Starek, justifica su aparición en la necesidad de dar a los estudiantes norteamericanos algo más que comedias ligeras y superficiales, que no sujetan su atención.

Una pluma aguda expone inteligentemente en la introducción una visión panorámica de nuestro teatro contemporáneo, impresión de páramo como la que se le ofrecía a Keyserling, al pasar los Pirineos, que analiza cuidadosa y profundamente el sentido de la comedia.

La edición es perfecta y el triunfo conseguido con ella por nuestros jóvenes autores de verdadera resonancia. ¡Ojalá la tenga en nuestra escena!

01/II/1934

-33-

Del Concurso Nacional de Literatura

Un poeta

Precisamente fue en Osuna hace algunos años, cuando yo desanillaba mis días perezosamente al sol. Calles rectas y anchas como vías, plazas de aliento amplio y torres, viejas torres erguidas como murguistas ciegos y altivos. Arriba, la colegiata y la antigua Universidad, seria y alta como una frente.

Fue en Osuna y hace algunos años donde yo conocí a José María Morón Gómez. De Huelva, de un lugar cercano a Alonso, ese pueblo fuerte y sentimental, nidal de los más puros fandanguillos y de uno de los hombres más duros de España. Morón Gómez trabajaba en no sé qué. Más que trabajar lo que hacía, con una fe admirable, era absorber y destilar versos. Su voluntad de hombre de aquellas tierras estaba quebrantada, heredada por el tenaz y dulce gotear de la poesía. Buenos vendimiadores los dos, de cada día desgajábamos racimos de horas breves y azucaradas que comíamos con lentitud. Andalucía nos prestaba la hamaca caliente de sus tardes para soñar. Luego, el silencio y casi el olvido.

Y he aquí que ahora vuelve a mí su nombre. Un jurado de poetas ha premiado su libro *Minero de estrellas*, con un segundo premio que bien vale un primero, ya que de todos los poetas premiados -¡y han sido tantos!- Morón es el único totalmente desconocido. Nunca como ahora podrá hablarse de revelación.

He visto el libro, aún manuscrito, y hay en él emoción y técnica, riqueza de léxico y de imagen, fuerza y gracia. Alguna influencia lógica: Alberti. Pero, -34- superándola, personalidad. Y novedad de temas. El mar es aquí mina, y los azules marineros, hombres tiznados y sombríos, enhiestos de utopías.

Sobre el hombro la pala
en una rota aspiración de ala.
Mineros de Riotinto, que laboráis tenaces
cavando la corteza de los días.

¡Ya tenéis aquí vuestro poeta! Nacido en vuestra tierra, es obrero como vosotros y podrá, si se despoja de hojarasca inútil y escarba en vuestra entraña, dar al aire viciado de ese infierno que es vuestro mundo habitual el poema rojo de la liberación.

22/II/1934

-35-

Del ultraísmo

- I -

Algunos escritores amigos me incitan a hilvanar mis recuerdos del ultraísmo en una pequeña serie de artículos. Accedo gustoso, porque la evocación de aquellos años juveniles y llenos de fervor me ha sido siempre grata. Además, el ultraísmo pertenece a un pasado todavía reciente que se puede aún mirar con la mirada apasionada y viva con que me gusta ver las cosas.

No se extrañe el lector si en mis artículos no ve una fecha ni un dato concreto. Escribo a vuelapluma. No hago historia ni el asunto merece la pena. Hago memoria. Además, todos los datos están ya recogidos en el libro de Guillermo de Torre, Literaturas europeas de vanguardia.

Hablaré del origen del ultraísmo, de la razón de su existencia y de los que batallaron en su frente. Y también de los que merodearon por sus líneas y desertaron luego, renegando de su bandera. Que de todo hubo en aquel movimiento.

Movimiento y no escuela. El manifiesto ultraísta no contenía programa ni normas estéticas, como el del futurismo. Pretendía solamente renovar, airear la literatura de entonces, excitar a los jóvenes a buscarse, huyendo de la imitación y del tópico.

Y sin iconoclasias pueriles. En todo el ultraísmo no se escribió una palabra contra los maestros auténticos, aquellos en cuya lectura nos habíamos formado: Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. Únicamente se arremetió contra los falsificadores del arte, que pululando -36- por las revistas ilustradas lo infectaban todo de ramplonería y vulgaridad. (Algunos de los puritanos de entonces han buscado luego acomodo en las mismas revistas).

Pero empecemos de una vez. Rafael Cansinos Assens, escritor viejo y amanerado, pero con cierto poder de seducción sobre los jóvenes de provincia, a quienes llegaban sus salmos en ondas concéntricas y les seducían con su lirismo decadente, consiguió reunir en su torno un reducido grupo de estos. Ya por entonces la arrolladora personalidad de Ramón Gómez de la Serna, comenzaba a invadirlo todo. Cansinos Assens, que no acababa de encontrar su sitio, pensó en formar un haz de espíritus nuevos que enarbolar como arma de combate. Más tarde, cuando las aguas volvieron a su cauce y el movimiento ultraísta, por lógica afinidad, fue desplazándose hacia Pombo, el despecho hizo escribir a Cansinos su libro, cínicamente desgraciado, El movimiento W. P.

29/III/1934

-37-

- II -

Sevilla

Si bien el manifiesto ultraísta fue escrito sobre la mesa de un café en Madrid, la primera etapa de la vida del ultraísmo puede decirse que transcurrió en Sevilla. Carecíamos de revistas. Casi todos nosotros habíamos editado nuestros primeros versos en una pequeña publicación de grata memoria: Los Quijotes. Pero la importancia del movimiento, recibido con cierta expectación, no exenta de ironía, por la Prensa y por los cenáculos, exigía algo más: un órgano propio, Grecia lo fue.

Unas semanas antes de la publicación del manifiesto un grupo de escritores sevillanos había botado una revista, velero airoso y ágil que navegaba por las aguas del sur bajo el influjo de un viento rubeniano. Grecia, acogió el manifiesto con simpatía y sus firmantes fuimos invitados a colaborar en sus páginas. Todavía durante un cierto tiempo la revista se sostuvo en dos frentes: uno que miraba al pasado y otro al porvenir. Junto a las traducciones de los poetas simbolistas, esmeradamente hechas por un escritor sevillano, Miguel Romero y

Martínez, se publicaban otras que nosotros enviábamos desde aquí, de los modernos poetas franceses; Apollinaire, Reverdi, Cendrars... Pronto se nos incorporó todo el grupo y Grecia fue un vivero de ensayos.

En Grecia se revelaron los que más tarde fueron los verdaderos puntales del ultraísmo: Rivas Panedas, Diego, Montes, Gomet, Guillermo de Torre, Adriano del Valle, Isaac del Vando Villar y algunos otros.

-38-

Acaso el mayor mérito de esta revista, aparte el de haber recogido generosamente el movimiento, exponiéndose a las burlas y censuras de la crítica provinciana, consiste en haber descubierto los nombres de dos hermanos argentinos de formidable temperamento, que desde entonces quedan incorporados a la historia del arte español: Norah y Jorge Luis Borges, la pintora de sensibilidad delicada e ingenua y el gran escritor que hoy brilla intensamente en Buenos Aires.

Aprovechando breves estancias en Sevilla el que esto escribe dio conferencias y lecturas de versos en el Ateneo. A la salida de uno de estos actos nuestro entusiasmo juvenil nos incitó a tomar venganza de la incomprensión y la burla oficial, atentando contra la casa del cronista de la ciudad, señor Montoto, escritor viejo y huero; episodio que más tarde fue relatado graciosamente en Grecia por Juan González Olmedilla. El movimiento se afianzaba. La Prensa se ocupaba de él continuamente para zaherirlo y ridiculizarlo. Pero algo había en el ambiente que atraía en torno nuestro, cada vez más, la curiosidad y la colaboración de los escritores jóvenes.

Y un buen día, por fin Isaac del Vando Villar, director de Grecia, buscando mayor campo a sus hazañas, se trasladó a Madrid. Una carpeta de originales y varias colecciones de la revista componían todo su bagaje. Nosotros le recibimos con la cordialidad que merecía su esfuerzo, y le obsequiamos con un banquete. No hubo brindis. Mejor dicho, a propuesta de Adolfo Salazar hubo uno sólo, pronunciado a la vez por todos los comensales. Y todo fue regocijo y buen humor aquella noche, excepción hecha de la leve sombra que oscurecía el -39- rostro grave de Isaac. Y es que hasta nuestro Pontífice ultraísta como cualquier mortal, traía embotellado su discurso.

19/IV/1934

-[40]- -41-

- III -

Madrid

Aparte el infatigable Guillermo de Torre, erudito en ciernes, con su repleto archivo de noticias y ágil antena que recogía todas las ondas de los movimientos artísticos de Europa y los comunicaba con el nuestro, el ultraísmo disfrutó dos hombres de una extraordinaria actividad: Isaac del Vando Villar y Humberto Rivas. Si su labor de creación fue escasa, la actuación de ambos fue de una eficacia definitiva. Apenas Isaac había iniciado la etapa madrileña de Grecia surgió Humberto con Ultra, y fue la revista que más íntegramente representó la madurez del ultraísmo. Ya Horizonte, más tarde, señaló su descomposición. (No quiero dejar de anotar que anteriormente dos esforzados estudiantes de Murcia, Escosura y Zubillaga, publicaron allá otra revista: Ultra, de vida efímera pero sustanciosa).

El movimiento llegó a adquirir proporciones de escándalo. Los hugonotes de los diarios estilo Melitón González regocijaban a la beocia con los gazapos que cazaban entre sus dientes venenosos. Hasta un prestigio de la medicina se permitió exponer una teoría que pretendió explicar, por una general esquizofrenia, el arte nuevo. Nosotros respondíamos con una briosas acometidas contra todo lo putrefacto de la literatura y con nuevos avances: a las revistas antes citadas pronto se unieron Reflector y Tableros. Y aún llegamos a apoderarnos de otras con una historia ya trascendente: así Cervantes y Cosmópolis.

Julio J. Casal, cónsul de Uruguay en la Coruña, que publicaba una revista de excelente formato, Alfar, -42- también se incorporó al movimiento. Vino a Madrid a dar una lectura en la Residencia de Estudiantes y los ultraístas le ofrecieron un banquete en el que brindó Eugenio D'Ors. Ya anteriormente Xenius había publicado un generoso artículo en La Libertad, exaltando la revista del ultraísmo. Lo mejor de la literatura consagrada, aquellos que contaban con un prestigio auténtico, ya habían sido conquistados por nuestro entusiasmo y nuestra pureza. Cuando menos, disfrutábamos de su atención y su respeto.

Y aún dimos algunas otras manifestaciones de vida: fuimos al Ateneo a divulgar y discutir nuestras teorías, hasta dimos una velada en Parisiana ante un público heterogéneo de periodistas frívolos, gente alegre y despreocupada y algún que otro espectador curioso. Repartíamos personalmente nuestras revistas por los quioscos y las voceábamos en la calle. Fueron unos años de lucha y de fervor que muy pocos supieron comprender:

A los nombres ya citados en otro artículo debo añadir hoy otros de ultraístas auténticos: Tomás Luque, Iglesias Caballero, Puche, López Parra, los malogrados Ciria Escalante y Bacarisse, de quienes volveré a hablar; Lucía Sánchez Saornil y algunos más, simples merodeadores por nuestros campos, tales Rafael Lasso de la Vega y Pedro Luis de Gálvez.

10/V/34

-43-

- IV -

Horizonte

Puede decirse que Horizonte fue la última revista del ultraísmo. Y aún añadir que no fue una revista ultraísta auténtica, esto es, con absoluta exclusión de los otros sectores de la literatura contemporánea. Además le faltó aquella generosa audacia de las primeras, que ofrecían sus páginas a cualquier intento, por descabellado que fuese, de crear arte nuevo.

Claro está que no fue la misma su intención ni su origen. En principio Horizonte, fue la primera -y la única- revista de aquel movimiento que no se debió a un esfuerzo individual ni colectivo. Tuvo su editor: un pobre impresor arruinado que soñó acaso con reponerse de sus quiebras aprovechando aquel ambiente de curiosidad y pasión. Ignoraba el buen señor que la pasión no se desataba sino en los cenáculos y la curiosidad se satisfacía con leer los comentarios a nuestros poemas que publicaba Melitón González o cualquier otro periodista de la misma mentalidad.

Jamás tuvo público suficiente para sostenerse por sí misma una revista de arte puro en España, hablan en favor de mi afirmación los reiterados intentos por conseguirlo, frustrados siempre, de nuestro altísimo poeta Juan Ramón Jiménez.

El famoso editor no llegó a publicar sino un solo número de Horizonte. Y aún ocurrió con este número algo cómico, y fue que el hombre se sintió demasiado pronto desanimado, hasta llegar a la desesperación, o bien se le precipitó la catástrofe económica -nunca -44- pudimos averiguarlo-; lo cierto fue que de la noche a la mañana desapareció de Madrid y se fue a América, llevándose con él toda la edición, que no llegó a ponerse a la venta. De que el número llegó a publicarse dieron testimonio una docena de ejemplares que nuestra impaciencia arrebató de las máquinas, fresca aún la tinta.

Comenzamos dirigiendo Horizonte, Juan Chabás, Rivas Panedas y yo. Más tarde nos abandonó Chabás, y en su último número yo me encargué sólo de su dirección. Todo esto parece hablar de una historia dilatadísima. Nada de eso. Horizonte sólo llegó a publicar cinco o seis números, bien que repartidos a lo largo de un par de años, apareciendo únicamente cuando nuestro modesto peculio estudiantil nos lo permitía.

Dije antes que su intención se desviaba de la que impulsó las otras revistas de la época. Efectivamente Horizonte apareció en un momento de madurez del ultraísmo, digámoslo así, orando ya los mejores de sus paladines habían publicados sus libros iniciales y adquirido cierta personalidad: tales como Guillermo de Torre. Horizonte se negó a continuar la serie de los ensayos y sólo publicó composiciones de aquellos poetas, si aún no del todo formados, que ya acusaban una personalidad. Además incorporó a sus páginas algunas de las plumas más agudas de aquella generación, hasta entonces mantenidas al margen del movimiento: Antonio Marichalar; José Bergamín, Moreno Villa, Dámaso Alonso y Bacarisse. Hizo más: se ofreció a los maestros ya consagrados, a aquellos merecedores de nuestra fervorosa estimación artística, y en todos sus números aparecieron poemas y prosas inéditos de Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Eugenio D'Ors y Ramón -45-

Gómez de la Serna, Rafael Alberti nace a la poesía en Horizonte y García Lorca publicó a todo honor en la primera página, su bellísima Baladilla de los tres ríos.

En el aspecto plástico, cada número de Horizonte fue ilustrado con grabados y dibujos de Bores, Cossío, Ucelay, Norah Borges, Wladyslaw Jahl y Barradas. Marjaa Paszkiewicz, acaso el crítico de arte de más sólida preparación y sensibilidad más fina e inteligente de entonces, teorizó sobre la pintura en una serie de artículos. Casi todos los colaboradores de Horizonte pasaron de un brinco ágil y limpio, justo premio a sus méritos, a la Revista de Occidente.

31/IV/34

-[46]- -47-

- V -

In memóriam

No parece sino que la muerte, esa pálida cegadora que se complace en derribar las espigas más jóvenes y vigorosas con su golpe seco y fatal, se cebara cruelmente en aquella falange de muchachos que durante unos años intentaron, con pureza y tesón superior a sus fuerzas, crear un arte nuevo para España.

He pretendido hacer, de esta serie de artículos dedicados al ultraísmo, algo perfectamente objetivo y no quisiera ahora caer en debilidades sentimentales al evocar los nombres de aquellos que con nosotros compartieron la lucha y la esperanza. Me limitaré a dar, tan sólo, una rápida relación para que a los lectores sirva de conocimiento o de recuerdo.

Antes que la palabra Ultra fuese estampada sobre las cuartillas del Manifiesto, ya la fatiga del arte oficial y la inquietud agitaban nuestras reuniones del café Colonial. Casi todas las noches pasaba ante nosotros, y alguna vez se detenía a saludarnos, un muchacho pálido, mal vestido, con cara de hambre y con unos ojos negros obsesionantes. Se llamaba Alfredo Villagrán y por entonces publicaba en La Tribuna unos artículos sobre literatura, de rara erudición. Todos acariciábamos la idea de que este escritor, casi de nuestra edad, tan magníficamente preparado, fuese el teorizante de nuestro movimiento. Pero un día desapareció. Algo oscuro enturbió su fuga, que no su marcha de este Madrid de la maledicencia y la envidia ruin. Fue a Barcelona y no volvió. Poco después supimos de su muerte.

Colaboradores nuestros desde la revista Los Quijotes, asistían asiduamente a nuestra tertulia dos -48- muchachitos de una fina intuición poética: los hermanos Bello. Juntos

hacían y firmaban sus producciones. Fueron de los primeros en lanzarse a la vorágine ultraísta y en bracear infatigables por los primeros meses de lucha. Uno de ellos murió. ¿Cuál? Nunca lo he sabido, porque el otro desapareció y enmudeció como un pájaro que ha perdido un ala y ya sólo puede mirar con nostalgia las azules llanuras.

Otro poeta, éste nacido a la poesía con el ultraísmo, se desvaneció por entonces en el gran silencio: José Rodríguez Jardón. En los primeros números de Grecia, quedaron algunas composiciones suyas que unen, a la expresión exacta y la imagen nueva, una fuerte emoción humana.

De Santander nos llegó un día otro poeta, éste aún más joven que nosotros: José de Ciris y Escalante. Dotado de una exquisita sentimentalidad, desde el primer momento se nos incorporó y aún insufló nuevos bríos al ultraísmo con la publicación de una revista. Murió casi un niño y sus amigos, más tarde, recogieron sus poesías en un volumen.

También en Cataluña se desarrolló un movimiento igual al nuestro, un piloto, un gran poeta que fue colaborador nuestro, falleció por entonces: Salvat-Papasseit.

Y no quiero cerrar estas líneas sin citar los nombres de dos grandes artistas que, aún no perteneciendo estrictamente al ultraísmo, debemos incluirlos aquí, con emoción idéntica, porque siempre nos ayudaron con su consejo, con su simpatía y con su colaboración: Rafael Barradas y Mauricio Bacarisse.

14/VI/34

-49-

- VI -

Colofón

Antes de dar por terminados estos apuntes sobre el movimiento ultraísta que durante algunos años agitó, siquiera fuese sólo en lo externo, las aguas muertas de nuestra literatura, creo conveniente recapacitar un poco sobre el despego y aparente desdén que le manifiestan la nueva formación de escritores. Actitud ésta tanto más extraña cuanto que sus maestros -Juan Ramón Jiménez sobre todos- tuvieron siempre para el ultraísmo acogedora simpatía y ayuda desinteresada.

No es mi propósito equiparar valores de una y otra promoción ni de preciar de ningún modo a la joven literatura, entre la cual apunta alguna personalidad auténtica, si bien en su mayor

parte sigue demasiado fielmente las huellas de dos altísimos poetas: Jorge Guillén y Pedro Salinas.

Quiero limitarme a señalar y lamentar su apartamiento y desconocimiento de lo que el ultraísmo reveló.

Se pretende que el ultraísmo sea un episodio sin continuidad en nuestra historia literaria. Se le silencia y se le niega. Y eso es falso e injusto. El ultraísmo fue una realidad positiva y eficaz en una época de anquilosamiento en las letras españolas, batió horizontes y marcó rutas. Creó la revista total y puramente literaria, antecesora inmediata de las de hoy. Se batió en las calles y en los Ateneos. Puso España al día con las corrientes literarias de Europa. Produjo pocas obras y pocos libros, porque las editoriales entonces desdeñaban cuanto -50- significa poesía; pero desbrozó el camino y dejó abiertas las fuentes de la curiosidad para la posterior floración lírica.

Las colecciones de las revistas del ultraísmo tendrán que consultarse más de una vez, forzosamente, por los historiadores de la literatura española contemporánea que quieran ser verídicos y justicieros. Nombres como los de Domenech, Torre, Montes, no desaparecerán tan pronto como se pretende. Y, pese a todas las antologías, los ultraístas serán siempre, siempre, de los más altos y más firmes valores actuales: Jorge Luis Borges y José Rivas Panedas.

Y por último, el esfuerzo, el tesón, la rebeldía de una juventud que lucha sólo contra la incompreensión, la ley y la indiferencia y en medio de la calle, sin amparo ninguno, lejos de los concursos y de los centros oficialescos tendrá algún día, yo así lo espero, de otra juventud posterior y auténtica como ella, el debido reconocimiento.

28/VI/34

-51-

Después de unos artículos

Omisiones

Algún compañero de los viejos tiempos, al verle puesto el colofón a mi serie de artículos sobre el ultraísmo me pregunta: ¿Y Vicente Huidobro? Verdaderamente he olvidado a Huidobro, acaso porque yo nunca coincidí en Madrid con el poeta chileno, de quien no conservo otro recuerdo que el de sus libros. Olvido lamentable que deseo subsanar.

No es cierto que el autor de Horizon Carré fuese un iniciador entre nosotros. Vino a Madrid cuando ya estábamos lanzados, por decirlo así. Pero es justo decir que él nos orientó con su obra, nos moralizó con su presencia y aun influyó directamente en dos o tres de los más caracterizados del grupo.

A la vuelta de uno de mis viajes al pueblo supe de su estancia aquí. Había frecuentado nuestra tertulia del café Colonial: había distribuido generosamente sus libros: Ecuatorial, Hellali, Tour Eiffel, etc., escritos unos en francés y otros en español, y había teorizado sobre una nueva fórmula literaria: el creacionismo, cuya paternidad se disputaba con Reverdi.

Formó escuela. Iván Larrea fue su mejor discípulo.

Y la revista por éste editada en París Favorables, París, Poema, su portavoz.

A todos nos influenció un poco. La lectura de sus libros, atenta y fervorosa, nos hizo desterrar de nuestras poesías, la anécdota, rehuir la descripción y el adjetivo, cultivar la imagen con verdadero frenesí. Por él concentramos y trabajamos el poema, desnudando - 52- nuestra visión lírica al rehusar el tópico y la reminiscencia. Aprendimos en él pureza y técnica. Es de justicia reconocerlo.

Y otra omisión aún más desdichada: Antonio Espina. Si no se tratase precisamente de uno de los escritores por quien siento admiración y afecto más sinceros podría considerarse como uno de esos olvidos voluntarios que Freud nos ha descrito.

No surgió Espina a la literatura con el ultraísmo. Ya había publicado dos libros, que yo sepa: Umbrales (poesía) y Divagaciones (prosas).

Pero se nos sumó enseguida, batalló con nosotros y más de una vez nos dio en nuestras revistas la nota aguda e inteligente de su estilo tan personal.

Otros nombres de obra muy estimable habría que añadir a la lista: Tomás Luque (que recientemente ha publicado un libro que aún responde a la época aquella). Luis Mosquera, Rogelio Buendía, Jaime Ibarra, Lucio Sánchez-Baornil...

Pero ya esta tarea queda para los historiadores.

19/VII/1934

Policías y ladrones

- I -

La novela policiaca

Desde los escaparates de las librerías, desde los quioscos de periódicos nos saludan con sus cubiertas llamativas múltiples colecciones de novelas policiacas. Aún en esta época de angustiosa crisis editorial las publicaciones de este género se prodigan, se hacen casi cotidianas. ¿Fatiga intelectual? ¿Exceso de preocupaciones, que nos traen la necesidad de buscar refugio en los paraísos artificiales de la imaginación?

Confieso que he vacilado un poco antes de arriesgarme. Me previnieron y prevengo: ¡Ay del que se arriesga! Porque las redes sutilísimas del misterio aprisionan como la yedra. Ya no tiene remedio. Infatigablemente, día tras día, braceo por la selva espesa y oscura. Siguiendo pistas, eslabonando indicios, oteando, inquiriendo uno mismo con el policía o con el ladrón: con el héroe, ¿retorno a la infantilidad? Nada de eso. Para los que me lean sonriéndose con aires de superioridad, unas palabras preliminares de mi galería de policías y ladrones.

La novela policiaca ha ganado categoría, ha adquirido estilo. Ya no es una excepción aquel mister Dupin de Poe el inmortal. Ni siquiera Sherlock, tan superior a Conan-Doyle en popularidad y en personalidad. El tipo de detective ha evolucionado perfeccionándose. Se ha humanizado, ganando en verosimilitud. Del sabueso mister Lecoq, transformista y sabelotodo, al honrado y corpulento Maigret hay un abismo. E igual distancia del folletinesco Rocambole a ese producto de la estafa delicadamente elaborado que es Collin.

-54-

Una docena de escritores de muy estimables dotes literarias mantienen con vigor y agudeza el apogeo del género. Simenón, Steeman, Van Dine, Agatha Christie y tantos otros han producido obras maestras y creado tipos de policía con personalidad y peculiaridad de procedimientos.

Es mi propósito en esta serie de artículos hacerlos desfilar uno a uno, siguiendo en lo posible un orden cronológico para que el lector pueda apreciar su evolución.

Es Inglaterra -¡imanes de Scotland Yard!- la fuente inagotable de la novela policiaca. Wallace y Fletcher, solos, han escrito lo suficiente para desvelar a media humanidad. Pero

Francia, más parca, no la cede en calidad. Fantomas, Lupin, Rouletabille y el comisario Maigret señalan épocas en el género.

No quiero terminar sin lamentarme de la escasez de cultivadores de este tipo de novela en España. Exceptuando a Bedoya, cuyo detective millonario Mack Bull ha vivido algunos episodios, y tal cual otro, nuestros escritores parecen ignorar hasta ahora esta laguna en nuestras letras. ¿Desdén o falta de imaginación?

02/VIII/34

-55-

- II -

Un amateur

El género policiaco, que en la actualidad ha llegado a absorber el interés y la curiosidad de millones de lectores y se ha captado la atención de muchos espíritus agudos y despiertos, puede decirse que se coló de sopetón en la literatura y por la puerta grande. Fue Edgar Poe, el inmortal poeta americano, quien nos dejó delineada la figura del primer amateur, de la investigación criminal: Mr. Augusto Dupin.

Dupin es joven y erudito. Poe nos lo presenta consultando un libro raro en una biblioteca pública de París. (Es muy interesante para apreciar bien las facultades y comprender los métodos de nuestros héroes conocer su formación intelectual). Dupin es erudito, como más tarde lo es también Philo Vance. Sherlock Holmes, por el contrario, si bien atesoraba una inconcebible cantidad de conocimientos relacionados con su profesión, era de una supina ignorancia.

Dupin no es un perseguidor de criminales, un sabueso. Es simplemente un señor dotado de portentosas facultades analíticas que pone a contribución ante cualquier problema de aparente insolubilidad. Su método es inductivo. Pondré un ejemplo:

Ha sido robada una carta. No puede hacerse público el robo. Se conoce a la persona del ladrón, y el lugar donde la tiene escondida: su propio domicilio. La policía de París avisada del caso y del secreto con que se ha llevar sus investigaciones, se dispone a robar la carta al ladrón. Aprovechando continuas ausencias de éste somete la casa a una escrupulosa inspección.

-56-

Centímetro a centímetro es registrada toda, puede afirmarse que no queda uno solo de los escondrijos posibles, por recóndito para la Policía, a donde no hayan llegado sus pesquisas. La carta no aparece. E interviene Dupin.

Dupin no busca. Sabe de más que si la carta hubiese estado dentro del radio de las posibilidades de la Policía, la carta hubiese sido ya encontrada. Estudia el carácter, la inteligencia del ladrón. Afirma: «La identificación del intelecto del razonador con el de su adversario dependen de la exactitud con que el intelecto del adversario es apreciado».

El ladrón es matemático «y poeta». Dupin concluye que la carta se ha escapado a las pesquisas policíacas por haber sido puesta en lugar demasiado evidente. Va a visitar al ladrón. En un tarjetero, a la vista de todos sus visitantes, está la carta robada.

Tres episodios en conjunto, nos legó Poe de las actividades de Dupin: El doble crimen de la calle Morgue, El misterio de Marta Roget y La carta robada. El primero ha sido llevado al cinema y es muy popular. Sobre el segundo hay una anécdota curiosa. Se trata de un hecho real. Una muchacha asesinada en París, suceso simple, pero de enorme repercusión en la Prensa, inspiró a Poe este cuento. Lo extraordinario consiste en que muchos meses después, cuando el asesino fue hallado, Poe, que no había estado nunca en París, había reconstruido el hecho exactamente, sin diferencias apreciables de lugar ni de tiempo.

Para terminar, un solo detalle: Mr. Dupin gustaba de la oscuridad y fumaba con pipa, esa misma pipa que más tarde había de servir para ornamentar las figuras de dos sus más ilustres sucesores: Sherlock Holmes y Maigret.

23/VIII/34

-57-

- III -

Un profesional

Una ronda de agentes llega a una taberna, donde acaba de desarrollarse una verdadera batalla. Hay un hombre muerto y otro herido, ambos con aspecto de obreros. Coinciden las declaraciones en atribuir el suceso a una disputa vulgar. El sargento de la ronda, hombre hercúleo y obtuso, procede a levantar el atestado. Todo parece que está en regla. Pero he aquí que uno de los agentes más jóvenes, se atreve a discrepar de su jefe. Es Mr. Lecoq.

Inspecciona minuciosamente el lugar, estudia las huellas. Se encorva, se arrodilla, se arrastra por el suelo, sale a la calle, se aleja. Vuelve a entrar a la casa todo esto ante la indiferencia y la mofa de sus compañeros. Pero él es terco y ambicioso. Se siente con aptitud, con facultades y hace tiempo que aguarda la ocasión. Pronto llegará el juez. Hay que abrir bien los ojos: hacer funcionar al máximo de revoluciones, el motor cerebro para buscar una interpretación, para tener algo concreto que decir ante el juez.

Y poco a poco, allí donde los demás esperan, él comienza a percibir palabras extrañas, pero precisas. Podrá antes de que el juez llegue agudizar un sentido, hilvanar una frase. Más tarde, cuando sus observaciones son acogidas, con aprobación por el juez, que le encarga desentrañar aquel misterio, Mr. Lecoq saborea su primer triunfo policiaco.

A la vez nos presenta uno de sus aspectos mejores: la tenacidad. En esta misma noche hemos de verle pegarse a un sospechoso día y noche, y seguir una pista -58- a lo largo de mucho tiempo hasta llegar a demostrar la culpabilidad.

Mr. Lecoq policía, pertenece a la vieja escuela. Hoy, que el arte de descubrir y de producir crímenes ha llegado a tan alto grado de refinamiento, nos parece un tanto cándido y torpón. Los procedimientos son elementales: se hace una hipótesis y procura buscar la confirmación en la realidad. Sus métodos, simples. De una parte, huellas e indicios. De la otra, el motivo, ¿A quién beneficia el crimen?

Al revés de Mr. Dupin, el analista solitario, Mr. Lecoq es dinámico. Se mezcla en la vida de los criminales para descubrirlos. Se disfraza. En este arte es algo incomparable. Llega hasta usar gafas negras en su vida particular para que nadie pueda conocer su mirada, lo único que no es transformable.

La actuación policiaca de Mr. Lecoq es dilatada. Le hemos conocido de simple agente de policía y más tarde llegará a ocupar los rifas altos puestos de la Dirección General. Consigue hacerse respetar y temer.

Contra lo que pudiera creerse, Mr. Lecoq no es un autodidacto. Tiene su maestro. Y consejero del caso: el maestro de Mr. Lecoq no es policía sino un antiguo empleado del Monte de Piedad, jubilado. Se llama Tabaret y posee aumentado, las mismas cualidades y defectos de Mr. Lecoq. Nadie como él para formular rara hipótesis inmediata. Pero alguna vez su exceso de imaginación le lleva a cometer errores garrafales. Sin embargo. Tabaret, llamado Vistaclara, es un clásico y su técnica influirá más tarde en sus sucesores.

06/IX/34

-59-

- IV -

Sherlock Holmes

Un inválido de la guerra de Afganistán, el doctor Watson, llegado a Londres para restablecerse, conoce a un joven algo excéntrico y ambos se deciden a tomar un alojamiento juntos. Sherlock Holmes, que así se llama su compañero, trabaja en el laboratorio químico del hospital. Pero no es estudiante de medicina.

A poco de conocerse Watson comienza a interesarse por la extraña personalidad de su huésped. Se sorprende, sobre todo, de la tenacidad con que va acumulando conocimientos raros sin ninguna aparente conexión entre sí. Llega a hacer un cómputo total y se encuentra con esta proporción algo absurda.

Conocimientos de literatura, filosofía y astronomía: ninguno. De política: débiles. De botánica: irregulares; muy bien en belladona, opio y venenos en general; no sabe nada de horticultura práctica. De geología: práctica, pero limitada; distingue, con una hojeada, una tierra de la otra. De química: profundos. De anatomía: buenos, pero asistemáticos. De la literatura sensacional: inmensos. Toca bien el violín. Es ducho en el manejo del bastón y de la espada. Pugilista. Posee bastante conocimiento práctico de las leyes británicas.

Aquí el desconcertado doctor Watson. ¿Para qué puede servir esta serie deshilvanada de conocimientos, con lagunas tan profundas y saltos, tan inverosímiles? Holmes le ha dicho:

-No estudio, sino aquello que puede servirme para mi profesión.

-60-

¿Su profesión? Un día, después de una discusión a propósito de un artículo publicado en una revista, Holmes se la revela: detective.

Holmes es el primer detective profesional. Lecoq es un policía. Dupin un formidable especulador mental que aplica sus extraordinarias dotes a resolver problemas criminales. Holmes ya es un detective con estudios ad hoc, establecido como tal, viviendo de la profesión.

Es el primero y el más popular. Pocas figuras de la literatura universal han conseguido alcanzar su relieve en la imaginación de los lectores. Y nada más simple que su figura. Cuatro rasgos la definen: su preparación previa, la pipa, el violín, su misoginismo. Maigret es más humano. Vance más elaborado, pero Holmes es más el tipo de detective, visto objetivamente. Nada sentimental. Es una máquina, perfectamente a punto, de descubrir delitos, de cazar criminales.

Su técnica es opuesta a la de Dupin. Holmes no es psicólogo; no se sitúa en el lugar del criminal (técnica de la carta robada) para adivinar sus actos. Él observa y deduce. Las uñas de las manos, las rodilleras de los pantalones, el calzado, los puños de la camisa, la expresión del rostro llegan a darle una idea completa del individuo. No existe -él mismo lo

declara- ni ha existido otro hombre que dedicase a la pesquisa del crimen una suma tan grande de estudio e inteligencia como Holmes.

Conan-Doyle, su creador, nos lo presenta en cuatro grandes aventuras de medio centenar de episodios. En el de las primeras, Un crimen extraño y El valle del terror. Holmes actúa sólo en contados momentos. El grueso de la novela está ocupado por una historia aparte, estilo -61- Gaboriau. Únicamente cuando el autor se da cuenta que es la figura de su héroe la que atrae la curiosidad de sus millones de lectores se decide a situarlo en un plano permanente de la acción: La muerte de los cuatro y El perro de Baskerville.

Considerando las figuras de Dupin y Lecoq como episódicas en la obra de sus creadores, puede decirse que la de Sherlock Holmes se incorpora y toma carta de naturaleza privilegiada en la literatura del género policiaco.

20/IX/34

-[62]- -63-

- V -

Rouletabille, reportero

Rouletabille tuvo una infancia triste. Aprisionado en un colegio, sin familia, sólo de vez en cuando disfrutaba de la vista de una mujer enlutada y bella que empapaba sus horas con un perfume de ternura.

Rouletabille desde pequeño padecía una afición extraña, algo así como lo opuesto a la cleptomanía. Irresistiblemente sentía la necesidad de buscar las cosas perdidas, de investigar el secreto de esos pequeños hurtos, tan frecuentes entre muchachos.

Un día, al disponerse a devolver triunfalmente uno de estos frutos de sus pesquisas, es acusado de ladrón. No puede soportar la vergüenza, finge que se suicida arrojándose al agua y desaparece. Ahí comienza su vida, solitaria y hambrienta, de pilluelo en París.

Más tarde, siendo todavía un niño, consigue su primer éxito policiaco al descubrir un miembro humano en una alcantarilla. Se le abren las puertas de la prensa y Rouletabille, reportero especializado en asuntos criminales, comienza a hacerse popular.

Pero la fama no le alcanza hasta después, cuando el asunto extraordinario y lleno de sombras pone a contribución sus facultades. El misterio del cuarto amarillo, es su

consagración. La solución hallada a este caso, sorprendente e inesperada, sitúa a Rouletabille en la primera línea de la historia policiaca.

Quizá ninguna obra de este género haya logrado tanta repercusión. En la novela y en el teatro su éxito ha sido inmenso y ha conseguido popularizar la figura infantil de este reportero de cara inexpresiva, frente -64- amplia con extrañas protuberancias y mirada lúcida y penetrante. Hay algo fundamental que singulariza su caso, aparte de la calidad del conflicto, de solución limpia, sin trucos: la condición humana de los personajes que lo integran. Rouletabille, en su primera salida a la lucha por la justicia, percibe en la víctima del suceso «el perfume de la dama enlutada». Es aquella misma mujer bella y triste que acarició su frente de niño. Es, más tarde lo averigua, su madre. Y es su padre quien la persigue, aquel astuto y frío criminal de formidable ingenio, de recursos inagotables, que legó a su hijo, para que las aplicase en el bien, las portentosas facultades que él empleó en el mal.

Todo esto da al suceso una emoción extraña en esta clase de obras, sin perjuicio de interés, que llega al paroxismo.

Más tarde, en la diversa sucesión de sus aventuras, nunca llegará Rouletabille a alcanzar alturas iguales.

Rouletabille pertenece a la clase de los detectives dinámicos. Es inteligente sin ser genial. El instinto le guía, la razón le decide. Observa, inquiere, olfatea; estudia pistas, huellas; acumula sospechas. Poco a poco va cerrando el círculo. Luego acude a su demonio familiar, su duendecillo, la parte buena, de la razón, que le dice con acierto indudable dónde está la verdad. Porque verdad no hay más que una y está precisamente en su sitio.

04/X/34

-65-

- VI -

Edgar Wallace

Entre los cuatro tipos de policía, o más bien de investigaciones del crimen, ya estudiados - Dupin, Lecoq, Holmes y Rouletabille- y los otro cuatro más modernos, de técnica más difícil y procedimientos más complejos, que aún nos quedan por estudiar -Maigret, Charlie Chan, Hércules Poirot y Philo Vance- conviene abrir un paréntesis a todo lo largo de este artículo para encerrar en él la pródiga personalidad de Wallace, novelista inglés, ya

fallecido, que durante varios años acaparó la atención del público aficionado a estas lecturas y gozó de la máxima popularidad.

De imaginación rica y fértil en recursos: de fecundidad inusitada, con toda una vida y una historia de escritor dedicada al género, se comprende que Wallace haya tocado todos los resortes y acometido todos los aspectos de la criminalidad en sus novelas. Los monederos falsos, los contrabandistas, los ladrones de bancos, el chantaje y el expolio, el espionaje, las carreras de caballos, toda clase de bandas criminales (incluso de bandidos ciegos) han dado motivo reiterado a su pluma para sendas novelas de abundante lectura. No es extraño que un público numeroso siguiese su obra con avidez y aún se explica que sus editores y herederos pretendan continuar aprovechando tal éxito con versiones cinematográficas de sus libros.

Y en realidad, ¿puede afirmarse que Wallace sea un creador, un inventor de estilo dentro del género policiaco, como lo son, sin duda alguna, Poe, Simenón o Van Dine? Creemos, sinceramente, que no. Pocos libros -66- suyos resisten una lectura atenta. Su extraordinaria facilidad perjudica su clase. Y dentro de la variedad infinita de sus motivos hay en sus obras una monotonía de técnica y una pobreza de procedimientos que a la larga fatigan al lector.

Las causas de su éxito incomparable hay que buscarlas en ese aspecto sentimentaloides de los públicos de habla inglesa, que tan bien han sabido explotar las editoras cinematográficas de Hollywood. Los protagonistas de Wallace, policías oficiales casi siempre, triunfan de los criminales y a la vez conquistan al corazón de la inocente perseguida. A un mismo tiempo halaga, de esta manera a las misses románticas y a los graves ingleses, partidarios de mantener siempre en alto el pabellón de la autoridad.

Como casamentero Wallace no tiene rival. Incluso en el Astuto Mr. Reader, donde el protagonista no es joven ni guapo, termina por casarlo con una cándida paloma. Ni que decir tiene que esta manía de casar a sus héroes los incapacita para intervenir en novelas sucesivas. Por lo tanto, Wallace no ha creado tipos que sobrevivan a la gloria efímera de un libro. Constantemente lo renueva, aún cuando, en realidad, todos nos parezcan el mismo.

Como excepción única a esta regla podríamos señalar a los Tres hombres justos. Excepción por más de un sentido, ya que estos tres simpáticos personajes se dedican a imponer; por su propia mano y voluntad, la justicia que las leyes desconocen y las autoridades desamparan. Rara avis en los libros de Wallace, cuya obra total se levanta, como un monumento a la heroicidad, probidad y competencia de Scotland Yard.

25/10/34

-67-

- VII -

Charlie Chan

Tras de la ardilla, el mastodonte. Después de haber estudiado la personalidad inquieta y ágil de Hércules Poirot, claro ingenio latino, pero inflado de vanidad, dediquemos ahora nuestra atención a la figura lenta y pesada de Charlie Chan, policía de Honolulu.

Charlie Chan es chino y posee todas las cualidades de su raza. Es modesto, astuto y tenaz. Nada de gallardía en su figura. Alto y gordo; su habla florida, llena de imágenes y reminiscencias orientales, parece la menos indicada para la elucubración y el análisis. Pero su inteligencia es lúcida y penetrante. Poderosas sus dotes de observación.

Charlie ha venido al continente a disfrutar de unas vacaciones y saborea la oportunidad de conocer a un alto policía inglés ya jubilado. Aprovecha un instante para saludarlo y su arrogante figura se humilla y se deshace en zalemas y adulaciones. Y he aquí que el viejo policía es asesinado en su cuarto del hotel. Un impenetrable misterio rodea el crimen. Y apenas si una solución un tanto forzada se ofrece a simple vista: ¿Venganza de algún antiguo perseguido?

Charlie Chan, que ha venido a descansar de una tarea ardua, se encuentra, sin quererlo, enredado al suceso. Amigos comunes lo incitan a la investigación. Pero los días pasan con vuelo rápido de tórtolas. Acaba el asunto, y la obligación y el hogar lo llaman. ¡El hogar! Una mujer amante y diez pequeños que preguntan por el padre cada mañana. Hay que partir. Llega a tomar el barco. Pero en el último momento su amor propio es -68- herido. Se le supone huyendo a la dificultad. Con un hondo suspiro vuelve a pisar tierra. Y da comienzo a sus pesquisas.

Es admirable la penetración, la clarividencia con que enfoca el asunto. Tras de esa cortina (así se llama el episodio), una tupida cortina de años, la verdad permanece agazapada, oculta a los ojos más perspicaces.

Con mano firme va desenredando la madeja intrincada, atando cabos, eslabonando causas y efectos. Penetra el tiempo con su aguda mirada y halla el origen, el motivo del drama en la oscuridad del pasado. No le asustan las sombras. Las busca con seguridad. Con su habla melosa, con su palabra afiligranada y poética, poquito a poco va extrayendo la verdad: poquito a poco pero con la firmeza. La solución es rápida y bella, perfecta.

Y con su orgullo ya satisfecho, sin esperar la hora de los plácemes, Charlie Chan, policía de Honolulu abandona el continente y parte para su arpada tierra, allí donde le espera la tarea cotidiana, y en el hogar, alrededor de la limpia mesa, la buena compañera y los pequeñuelos de ojos brillantes, de caritas tiernas como racimos de frutos verdes y risueños.

Philo-Vance

Con Philo-Vance termina esta galería por la que he procurado que desfilen todos aquellos tipos de policías que en la literatura del crimen poseen una auténtica personalidad. Cierto que algunos, de relativa importancia, no han sido estudiados: tal Ellery Queen, protagonista de una bella aventura: El misterio del ataúd griego. Pero una relación más detallada hubiese hecho esta serie interminable. También, y por razones fáciles de comprender; he tenido que prescindir de aquellos héroes de la investigación criminal que hoy, como ayer sirven de pasto a las imaginaciones infantiles: Nick Carter, Sexton Blake... A partir del próximo artículo pasaré a estudiar algunas célebres figuras de la delincuencia bajo un título general. De Rocambole a Collin.

¿Qué representa Philo-Vance, último eslabón de nuestra cadena policiaca? Desde la figura de Lecoq, falsa, superficial, a la de Maigret, profundamente humana, toda la escala ha sido recorrida. Faltaba el tipo alambicado, retorcido, intelectual, algo que ya pretende ser una superación del género. Van Dine, ingeniero norteamericano, ha creado este tipo en la figura de Philo Vance.

Vance es amateur puro. Poseedor de una fortuna cuantiosa, su figura se despegaba bastante de las de sus congéneres. Es joven y erudito, elegante y frío. Fumaba -70- tabaco turco. Su actividad policiaca es más bien pretexto de aplicación de sus teorías. Éstas, el fruto de sus vastos estudios. Dilettante de todo, lo es también de la investigación.

Aparte su opulencia, la figura de Vance tiene un cercano parecido con la de Dupin, el héroe de Poe. Ambos siguen su método psicológico. Para Vance, el crimen es un arte -¡manes de Quincey!-. Cada crimen, una obra, más o menos perfecta, fiel reflejo de una personalidad.

Huye de los motivos, fácilmente engañosos. Puede afirmarse que por cada víctima hay cuando menos una docena de personas con motivos sobrados para asesinarla. Tampoco hace mucho caso de la ocasión, aún cuando ésta le sirve para seleccionar. Su técnica es fácil y complicadísima a la vez. Estudia el crimen, no la escena. Y, más tarde, los posibles criminales. Busca la adecuación perfecta entre el sujeto y la obra. Su procedimiento es pintoresco y extraño. En El escarabajo sagrado, por ejemplo, encuentra al criminal a través de las incidencias de una partida de póquer. Pura ciencia aplicada, la relación de sus aventuras deleita e instruye. En cada una halla pretexto para una disquisición minuciosa y

completa sobre temas de erudición. Todo ello, naturalmente, sin perjuicio de una amenidad en el estilo y un interés en la narración extraordinarios.

Vance puede cerrar dignamente esta galería. Ya el género ha llegado a su madurez y su fruto posee sazón y calidad.

31/I/35

Nota: En mi artículo sobre Charlie Chan y en sus últimas líneas; se deslizó una errata. Allí donde yo escribí caritas tiernas apareció caderitas. Conste así por mi poca afición a este género de imágenes morbosas.

-71-

Poesía, Piedras blancas

Confieso mi incapacidad crítica. Carezco de la objetividad indispensable para atender a un libro, escudriñar sus páginas y escarbar con los ojos entre líneas hasta encontrar esa pepita áurea que mostrar luego a los lectores como un hallazgo. Ni mucho menos para exhibir la escoria. Mi insuficiencia crítica se anula totalmente cuando se trata de un libro de poesía. De poesía auténtica. Del primer verso parto como de una ribera, y ya todo el volumen me mece, me sacude entre sus olas. Al arribar, sólo una sensación. -¿De delicia? ¿De angustia?- y ni un recuerdo. ¡Cuántas veces he tenido que hollar las mismas rutas para empezar a ver...! Tengo un libro claro, limpio en mis manos. Es alta noche y las estrellas bajan del cielo hasta mis ojos, suben de mis ojos al cielo. ¿Abandonaré estos caminos, de sombras blandas como yerba, para andar sobre las piedras blancas? El libro es de un amigo. Y he aquí que lo primero que tropieza mi vista, al abrirlo al azar, son palabras ungidadas de ternura, de nostalgia, de recuerdo delicado y sentido a un amigo común, ya ido para siempre: José de Ciria y Escalante. ¡Bella es la muerte cuando se sobrevive en el afecto! Un soneto perfecto, de porte clásico, irreprochable: La noche necesaria:

-72-

Que sea densa, como tu palabra
que hizo la sombra, y a la luz que nace
le da por cuna de cristal el cielo.

Otro igual: Alba en el campo:

En esta aldea pura me levanto
cuando la luz a la tiniebla embiste,

y alegremente mi tristeza canto.
Porque yo soy naturalmente triste.

Y más adelante, en el mismo soneto:

Mientras ganan la muerte con sus manos
en un ansia vital, los labradores.

Y en el endecasílabo casi siempre fluyendo con tersura, con suavidad, como en el gran Antonio Machado de las Soledades, a quien tanto recuerda este libro. Los temas eternos: el amor, la amistad, la muerte, enfrentados con profundidad y con brío y con un tono de sinceridad que les salva del tópico. Y, al final, unos poemas mínimos, especie de coplas, condensaciones imaginativas y conceptuales, algunos plenamente logrados.

¿Para qué tanta amargura,
si dentro de poco tiempo
le pondrá el Sueño cadenas
al águila de mis sueños?

-73-

Amanece. Una capa de turbia luz ha ido fundiendo las estrellas. El cielo es ahora pálido y brumoso. Yo abandono la nave. Con paso torpe piso tierra firme. ¡Firme! Llevo mi libro en las manos: Piedras blancas. Su autor; Fernando González.

21/III/35

Nota de la Redacción: Nuestro colaborador interrumpe la serie de sus artículos Policías y ladrones para escribir esta glosa. Dichos artículos los reanudará Pedro Garfias en el próximo trabajo suyo que publiquemos.

-[74]- -75-

Policías y ladrones

- IX -

De Rocambole a Collin

De Rocambole a Collin, pasando por Lupin, Fantomas, Raffles, Antonio Trent y El Santo. Ligeros apuntes sobre estos ilustres bandidos jaloneaban la otra ladera y pondrán fin a nuestra reseña del crimen. Que ha podido ser, más que una gran diversión, desahogo natural de un atiborramiento de lecturas policiacas, sin otra pretensión que la de servir de índice o guía a los lectores aficionados, estudio acabado y completo, de seguro interés. Brindo la idea al gran erudito en estas cuestiones Carlos Fernández Cuenca.

De Rocambole, como de muchos otros personajes de esta galería, hablo casi por intuición. (Justifíqueme esta declaración algún gazapo). Lecturas muy lejanas no permiten a mi memoria conservar sino la silueta del héroe, los rasgos esquemáticos de su figura. Por ejemplo: recuerdo perfectamente la frase que sirve de presentación al protagonista de la obra de Ponce de Terrail: «Rocambole, a los catorce años, era ya un muchacho depravado». Así, sin paliativos y ya bien avanzada una temible novela folletinesca, se nos cuelga de rondón por la fantasía este tipo extraordinario, que habrá de exaltar nuestra imaginación infantil con el horror de sus crímenes y la audacia de seis maquiavelismos.

Otro plano de mis recuerdos: de pilluelo parisién, educado en todas las malas artes, Rocambole se nos convierte en gomoso, apuesto y espadachín. Muchos duelos y mucha sangre. Anécdota intrincadísima de una complicación grata a los autores de aquella época -76- en este tipo de novelas. La figura principal aparece y desaparece con excesiva frecuencia para la avidez del lector. Demasiadas historias mezcladas al relato principal justifican el género folletinesco, pero desvirtúan el policiaco, objeto de nuestro estudio. Si Rocambole entra por derecho propio en esta relación de figuras del crimen, más que por su técnica de ladrón, rudimentario y fácil, lo hace por su valor histórico y sugestión imaginativa.

Otro fallo del tipo: Rocambole se arrepiente. Ya veremos este mismo caso en Antonio Trent. Exigencias del público a que va destinado la novela convierten el criminal, osado y sin escrúpulos, en un vulgar agente de policía privada. Pero la impresión que nosotros, los hombres de hoy, conservamos de este mazacote, pasado de moda, es la del joven atrevido y ambicioso, que todo lo arrostra -el robo y el crimen, la usurpación y hasta la ingratitud- por mantener su personalidad.

18/IV/1935

-77-

- X -

De Rocambole a Collin

De Rocambole, el héroe romántico un tanto borroso y desdibujado entre las truculencias del folletín, pasamos al tipo puro de ladrón, contrafigura de los policías ya estudiados: Fantomas, por ejemplo.

Pocos, tal vez ninguno, han gozado de la popularidad de este fruto de la inventiva francesa. Su mismo creador, Marcell Allain, pretendió más tarde continuar explotando la pública curiosidad, y no satisfecho con autorizar su trasplante al cinema, lanzó al mercado una nueva criatura del mismo barro; pero de calidad inferior: Tigris.

Fantomas es ya un producto auténtico de la novela policiaca. Su tenaz lucha con un detective y un reportero, continuada todo a lo largo de una serie interminable de episodios, desdeña lo anecdótico y busca el interés sólo en el choque de las mutuas destrezas. La agilidad, la audacia, el ingenio sobre todo, constituyen sus armas, de limpio y puro acero. El ávido lector sigue sus peripecias, y por vez primera en la historia de la literatura comienza a sentirse en el público simpatía por el criminal.

Raffles, le supera en éste y muchos aspectos. Porque Raffles es ya el amateur, el ladrón aficionado. Dejando para un último artículo el estudio de sus características profesionales no deja de ser curioso pasar revista, muy a la ligera, a los antecedentes de nuestros héroes, a su vida anterior a la delincuencia, al ambiente o el motivo que los empujó al robo. Porque no todos se nos presentan como Lupin. Raffles o el Santo ya en acción criminal.

-78-

Rocambole es un golfo, un pilluelo. Se cría en una atmósfera de vicio. Su propensión al mal está justificada por su nacimiento, por su educación.

Collin en cambio, es un banquero. Sus combinaciones y cubileteos de cifras le llevan a la estafa. Uno y otro vivían, por decirlo así, sobre un declive peligroso, al borde mismo de la incitación. Pero el de profesión más extraña y, sin embargo, de tránsito más natural -de ahí su originalidad- es Trent.

Antonio Trent, el perfecto ladrón, es -era- un escritor de novelas policiacas. Un escritor pobre, que apenas gana para vivir con sus maravillosos relatos de robos, impecables desde el punto de vista técnico. Y que un día, cansado de luchar; decide buscar fortuna por el camino más corto, poniendo en acción sus historias, hilvanándolas sobre la propia realidad sin más ayuda que la de su ingenio.

04/VIII/35

-79-

De Rocambole a Collin

Último artículo

Vasta galería ésta del crimen en la literatura. Rocambole es la falta de escrúpulos, la maldad. Raffles es la destreza. Fantomas, el misterio; Trent, la técnica; la audacia, El Santo; el ingenio Lupin. Collin, en un tipo más literario, la ironía.

Rocambole es la personificación del mal sin atenuantes. Tipo verdaderamente antipático, odioso del principio al fin, únicamente concebido en una época de folletín truculento e inacabable. Carece incluso de iniciativa pues obra al dictado de un cerebro mejor organizado que el suyo: el de Williams. Cuando le asesina y consigue independizarse conoce su primer fracaso. A partir de entonces es también traidor a su clase y utiliza su conocimiento del mal para perseguirla. Ni así logra hacerse agradable, pues sus procedimientos le siguen siendo tan rastreros e innobles como antes.

Antonio Trent continúa su camino. Realiza tres o cuatro robos perfectos y luego se dedica a perseguir a los ladrones. Es curioso observar cómo pese a los naturales prejuicios, estos tipos de convertidos dejan de interesar a sus lectores.

Raffles sí interesa. Raffles es el ladrón amateur. Hombre de mundo, opera en los grandes salones. Su especialidad son los robos de joyas. También siente predilección por los bancos. Es además un poco desfacedor de entuertos, como nuestros bandidos. De esta debilidad adolece asimismo El Santo, figura -80- espléndida, por otra parte, fuerte, ágil, impulsivo. Gusta de robar a sus colegas. Un poquito sentimentales los dos.

Fantomas es la sombra, huidizo, fugitivo, siempre entrevisto y nunca aprendido. Criminal perfecto, no se detiene ante la muerte. Su peculiar indumentaria ayuda a sublimizarle.

Lupin es la agudeza, penetrante, siempre despierto. Magnífico representante. Su infinidad de trucos y disfraces lo convierten en el más espléndido burlador de la Policía. Nadie como él consigue alborotar los sentidos de los graves agentes de la policía francesa.

Por último Collin. Esta ya es otra parte de un final de serie. Del producto, conseguido a fuerza de acumulación. Rocambole, la perfecta sencillez moderna, intelectual, de Collin, ya un poco deshumanada, ya gastada de ironía. De Lecoq a Philo Vance. Cima Maigret. De Rocambole a Collin. Cimas: Lupin, Fantomas...

Doy por terminada esta serie de artículos informativos sobre los tipos más famosos en la literatura de policías y ladrones. Insisto en que mi propósito no ha sido otro que el de exponer un poco a la ventura algunas particularidades de estos héroes que tanta curiosidad despiertan en los lectores de todo el mundo. Acabo lamentándome de la falta, casi total, de cultivadores de este género en nuestro país, que obliga a surtir las librerías con traducciones exclusivamente.

12/IX/35

-81-

Notas

De las academias

Ya hace tiempo que las vacantes de académicos de la Española se suceden y cubren con rapidez y en musitado silencio. Ni propuesta de grupo, ni campaña de prensa, ni protesta de la juventud. No parece sino que a la hora de hoy a nadie interesa ser académico o quien lo sea, lo cual podría significar muy bien la muerte de las Academias. Porque ya es bien sabido que las cosas no mueren porque se las combata sino porque se las ignora.

Las diatribas terribles, los furibundos anatemas de la generación del 98 ¿a dónde los llevaron? Los que bebimos leche de aquellas mamas andábamos un tanto desorientados y perplejos. Pero hoy la cosa está ya clara. Estaba clara entonces y nosotros no la podíamos ver. Éramos tan jovencitos.

Aquel turbión de impropiedades no era sino envidia. Aquel desdén era amor. Azorín, Benavente, Maeztu, ¡Baroja! Da verdadera risa. Y cómo acertó el poeta: «De las academias, líbranos Señor». Líbranos como de una tentación.

¡Y hoy! La Academia aún existe rodeada de todos los respetos. Los académicos nacen, crecen, se desarrollan y mueren. Cuando les llega su hora a los inmortales, las flores necrológicas les acompañan, en la jornada y al día siguiente, paz. Paz y silencio.

La generación actual, que vivió la guerra europea, que presenció estupefacta el estallido de la revolución rusa y asiste conmovida a su desenvolvimiento: que contempla diariamente esas revoluciones que hoy sacuden a todos los pueblos, se siente vivir: Y morir.

-82-

Cosida a la piel de su época, quiera que no, la sigue en sus bandazos. Y aspira, no a coger el timón, sino a tomar partido. Del lado de aquellos que luchan y sangran, y mueren, como cualquier humano, como cualquier mortal.

23/VII/1936

-83-

Entre España y México

A bordo del Sinaia

Qué hilo tan fino, qué delgado junco
-de acero fiel- nos une y nos separa
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.
Repite el mar sus cóncavos azules, 5
repite el cielo sus tranquilas aguas
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos
de análoga ambición, nuestras miradas.

España que perdimos, no nos pierdas;
guárdanos en tu frente derrumbada, 10
conserva a tu costado el hueco vivo
de nuestra ausencia amarga
que un día volveremos, más veloces,
sobre la densa y poderosa espalda
de este mar; con los brazos ondeantes 15
y el latido del finar en la garganta.

Y tú, México libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientes y con máquinas; 20

proletarios gigantes de anchas manos
que forjan el destino de la Patria;
pueblo libre de México:
como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja, 25
de generosa sangre desbordada.

-84-

Pero eres tú, esta vez, quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!

Agradecimientos

A Fundación Centro Español de Estudios de América Latina. Por su beca.

A los funcionarios de Fundación CEDEAL: Pedro A. Vives, Josefa Vega, M.^a Ángeles Albert. Por su amistad, por su generosidad.

A Guillermo Schmidhuber de la Mora. Por su amistad, por su permanente apoyo.

Al canciller, Lic. don Jesús Dilla Gutiérrez. Por su amistad, por su entusiasmo en alentar éste y muchos otros proyectos.

A los funcionarios de la Hemeroteca municipal de Madrid. Con su ayuda encontré 33 de los 35 artículos identificados.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

